

**XIX EDICIÓN DEL CONCURSO LITERARIO “GUSTAVO MARTÍN GARZO”**

CATEGORÍA 1: (de 11 a 14 años)

Ganador:

Relato: *¿Por qué yo?*

Autor: Lucas Silva Fernández (Colegio San Agustín)

Accésit:

Relato: *Dalia en el balcón*

Autora: Carolina Marqués Molina (Colegio San Agustín)

## *¿Por qué yo?*

**Lucas Silva Fernández**

Y aquí estoy yo, olvidado, en el abismo que produce imaginarme que no volveré a ver la luz, que no volveré a sentir esa brisa mañanera que me despierta minutos antes del comience de... Espera un momento, ¿Qué hago yo contándoos mis desdichas si no sabéis cómo llegué hasta aquí?

Todo comenzó el día de mi llegada al mundo, nada más nacer, ya estaba destinado a acabar de esta trágica manera, ya tenía toda mi vida planeada meticulosamente, destinada a servir al gran ser, cruel y despiadado.

Mi tiempo no me pertenecía, porque, aunque aún no lo supiera, era preso de la esclavitud.

Cuando tuve consciencia de mí mismo, descubrí la marca de nacimiento, que parecía dibujar unas letras que yo aún no supe descifrar. Y de eso trata esta historia, de averiguar el significado de esos garabatos que me acompañarían el resto de mi existencia.

Fue, al cabo de unos segundos de mi nacimiento cuando me llevaron al aterrador establecimiento en el que comerciarían conmigo y con los demás desafortunados a los que la vida no les había dado una sola oportunidad de ser libres.

Pasé gran parte de mi vida encerrado en aquel horroroso lugar.

Cuando fui lo suficientemente mayor, me trasladaron al bloque de exposición, donde nos vigilaban durante las 24 horas del día. Nos seleccionaban para diferentes trabajos y nos clasificaban por colores.

Pocos días después, unas manos de un tamaño desorbitadamente gigante, me agarraron y me dejaron caer a una gran distancia del suelo.

En aquel lugar estaba rodeado de gigantes cristales, era semejante a un escaparate. Allí había gente que parecía llevar una eternidad encerrada, esperando un milagro que los salvara.

Una horrible sensación de claustrofobia y ansiedad me despertó de mis sueños. Cuando abrí los ojos, veía todo borroso y no conseguía moverme; estaba atrapado en una especie de paquete, junto a otros dos que gritaban y sollozaban desesperados, con el fin de escapar de aquella pesadilla.

Nos habían empaquetado herméticamente y cada vez quedaba menos oxígeno. Cuando tomé mi última bocanada de aire, alguien abrió el paquete y...

Al elevarme, pude distinguir diferentes seres del mismo tamaño sentados y atendiendo a una mujer mucho más grande que ellos que parecía estar enseñándoles algo. Escribió en la pizarra un montón de garabatos similares a los de mi marca de nacimiento. Tras varios días, mi dueño me seguía sacando a la misma hora y yo acabé comprendiendo algunos de los signos que ellos aprendían día a día: era el abecedario de su idioma. Esa misma noche, me miré al espejo e intenté leer las letras de mi cuerpo, MILÁN. Ahora lo que tengo que descubrir es el significado de esta curiosa palabra.

Esta vez me sacaron dos horas más tarde de lo habitual, me cogió y me arrastró por su cuaderno sobre una hilera de signos, ¡Me utilizó para borrar algo que había escrito mal! Entonces lo comprendí, no era un humano, no era un animal ni una planta, era una goma de borrar.

Y día tras día, me iba desgastando, pero cuando estaba a punto de acabar conmigo, se olvidó de mí, me dejó abandonado en el fondo de su estuche.

Y aquí estoy yo, olvidado, en el abismo que produce imaginarme que no volveré a ver la luz, que no volveré a sentir esa brisa mañanera que me despierta minutos antes del comienzo de las clases, con la esperanza de que no cometa ninguna falta y se acuerde de mí en la hora de matemáticas, la peor asignatura, la clase que me dejó en la miseria y que acabará con mi existencia.

## *La Dalia del balcón*

**Carolina Marqués Molina**

Cuando eres joven crees no saber nada, cuando eres mayor sabes que no sabes nada. Las dalias de mi balcón correrán el mismo destino que cualquiera que las mire. Todo lo que vive muere. Todo lo que en algún momento es alegría, se marchita. Todo envejece.

El otoño llegará, siempre lo hace, y las dalias perecerán. Todo lo que en ellas gritaba vida ahora solo gritará muerte. Y mi alma, también marchita, tendrá que soportar más pérdidas año tras año.

Todos lo verán. Todos los presentes podrán sentir la tierra sobre mi cabeza. Alzarán las manos y lamentarán mi pérdida. Se levantará el ataúd y se sentirán los crujidos de mi último aliento. Se oirá el tañido de las campanas celestiales y lo que fui no será nada más que el silencio de un mundo mudo. Caeré y me desplomaré contra el universo y entonces lo entenderé.

Pero nadie lo ha visto todavía y nadie que viva lo podrá entender. Y sigo respirando, llevando el peso de todo lo desaprovechado. Llorando más por las balas perdidas que por las atinadas. Preguntándome si vale la pena mirar al firmamento con el peso de los caídos. Sí que vale la pena.

Las estrellas guían a los desorientados, los faros a los marineros, ambos a los solitarios. Ambos me guían. En las constelaciones la veo, deslumbrando a todos, bailando de un lugar a otro sin perder el compás de la melodía. Agita su melena y florece ante mis ojos, sin ser consciente de que ella también es una flor y que también las flores se convierten en polvo.

(...)

Otra mañana más ha pasado en mi monótona e inteligible vida. Hoy me he decidido a leer, una iniciativa que normalmente no tomo. Me recuerda tanto a mi Dalia... Todas las librerías que recorrimos y la cantidad de bibliotecas que vimos. Todos estos recuerdos fugaces me opacan los ojos y me impiden leer.

Me siento en mi sillón con la esperanza de que las gafas sean instrumento suficiente como para combatir este serio problema. Sorprendentemente funciona. Mis esperanzas eran nulas y aun así ha sucedido. No me he emocionado. Tal vez la edad y el paso del

tiempo han curtido mis sentimientos, sin embargo, no es algo que contemplara hasta hora.

Siempre he sido muy emocional y todos mis amigos se reían de ello. No se pudieron reír después de aquel suceso. Cualquier lágrima derramada después de esta fecha fue siempre justificada.

Los rayos de luz se filtran por las cortinas. Y pronto desaparecen, dando paso a la fría y oscura noche. Dejo de leer y me asomo al balcón, por primera vez en el día. La lectura me ha distraído, al parecer. Vislumbro el cielo, que se asoma detrás de los grandes edificios urbanos del fondo.

Un día más transcurre sin pena ni gloria. Un día menos para ver a Dalia.

Me despierto con el cantar de los pájaros. Están posados en la galería. Los oigo con la misma intensidad con la que los oí hace demasiado tiempo. Escucho atentamente perdiéndome en su melodía. Pronto me desplazo a otro punto en el tiempo, uno al que viajo con frecuencia.

(...)

Entonces todo era mucho más sencillo. Las miradas robadas significaban un mundo y el mundo no significaba nada.

La plaza del pueblo estaba casi vacía. Solo había un par de puestos de verduras y niños jugando a las canicas. Bueno, también estaba yo. Aprovechaba la quietud de ese momento del día para leer.

Las campanas de la iglesia sonaron, los puestos se recogieron y los niños se fueron a casa, pero yo me quedé ahí. No debía volver y tampoco quería. Sería mucho peor en casa. Así que me quedé. El polvo se iba acumulando en mi pelo. Sabía que todos esperaban que encontrase en algún lugar la perspectiva que necesitaba, pero me senté y miré el lugar donde mi padre se quitó la vida. Un inocente puente cubriendo un silencioso arroyo puede cambiar tu historia para siempre.

Cayó la noche y seguí allí. Apenas había luz y tuve que parar de leer. Así que miré las estrellas.

Escuché un grupo de adolescentes aproximándose hacia mí. Les presté la misma atención que al mosquito que me había atormentado horas antes.

- ¿Es ese Tomás? -Escuché a lo lejos.

Supuse que si no les contestaba se irían, y así lo hizo la mayoría menos una chica que les gritó que se reuniría con ellos más tarde. Cuando se acercó pude distinguir quién era. Ella era la hermana de Vicente, uno de mis pocos amigos. Tenía el pelo recogido en un moño. Llevaba un vestido morado que la llegaba hasta debajo de las rodillas y unos pendientes y collar de perlas a juego.

- ¿Estás bien Tomás?

Decidí seguir con la misma táctica: no hablar.

- Venga, háblame -Me pidió mientras se sentaba a mi lado.
- ¿Sabe tu hermano que estás sola, por la noche, con tipos más mayores que tú?
- No y tampoco quiero que lo sepa -Dijo mientras sonreía. Era una de esas sonrisas que te iluminaban el día.

Pasamos cinco minutos en silencio. Mi vista seguía fija en el puente y ella pareció notarlo.

- ¿Dónde miras?
- Al horizonte.
- Claro, sí, ahí mismo -hizo una pausa- Tengo una pregunta, se sincero, por favor. ¿Qué haces aquí?
- ¿Qué te importa? ¿Qué haces tú aquí?
- No eres mi padre -Respondió con un tono acusador.
- Tú desde luego que no eres el mío -Hice énfasis en el no.
- ¿Estás aquí por tu padre? ¿Sí?, ¿Verdad? No lo había pensado. Me enteré el otro día, lo siento mucho. ¿Te recuerda este sitio a él?
- No sabes cómo murió, ¿Verdad?

Ella negó con la cabeza. No sé en qué momento exacto me derrumbé, solo sé que pasó. Una barrera que había estado construyendo durante semanas se desmoronó en minutos. La miré a ella, miré al puente, miré a la Luna y supe que lloraría. Y así lo hice. Sentí como mi alma se escurría en cada lágrima mientras Dalia intentaba consolarme como podía. No paré de señalar el puente en ningún momento.

Como táctica desesperada Dalia me dio un abrazo, rápido y fuerte, que me pilló desprevenido. Dejé de respirar por unos segundos y como consiguiente de llorar.

- ¿Mejor?
- Sorprendentemente sí -Dije mientras volvía a cobrar la respiración.
- Sigo sin entenderlo, ¿Se tiró del puente? -asentí- Pero es imposible matarse, yo me he tirado millones de veces y sigo viva.
- ¿Te tiraste con piedras en los bolsillos? ¿No? Pues mejor no lo intentes.
- Anotado, ¿Quieres venir? -Preguntó repentinamente mientras se levantaba.
- ¿Con ellos? No, no gracias.
- Con ellos no, bobo, conmigo.

No me dio tiempo a responder mientras me agarraba del brazo y me tiraba con ella.

Huimos del pueblo como un padre de casa. Nunca me llegué a preguntar cuál era nuestro destino, simplemente la seguí ciegamente bajo la oscuridad. Corrimos como el agua de un arroyo atravesando el prado hasta llegar a un cobertizo.

Cuando entramos dentro pude ver que estaba lleno de velas de diferentes colores y con bordados colgados en las paredes y algunos otros, sin colgar, todavía en proceso.

- Esta es mi guarida. Y ahora también puede ser la tuya. Te la dejo.
- Muy considerado de tu parte.

Estuvimos hablando durante horas. Bromeando sobre gente y desahogándonos sobre cosas de las que nunca había hablado con otra persona. Llegó la hora de irme y me fui a mi casa, con mi madre, que ahora era viuda.

No ser un buen hijo ha sido uno de los mayores arrepentimientos de mi vida. Pero en ese momento acababa de conocer el amor y este me volvió ciego. No pude ver que mi madre se estaba cayendo a pedazos y que solo me necesitaba a mí para juntarlos.

Dalia y yo nos enamoramos. Vimos los defectos del otro como virtudes y las virtudes como sublimidades.

Nos veíamos continuamente en lo que era ahora nuestro refugio y en menos de cuatro meses me armé de valor y la pedí matrimonio.

- ¿Estás loco? Sabes que yo no tengo ese poder. Pregúntaselo a mi padre, no a mí.
- Solo quiero saber tu opinión.
- Bueno, en ese caso... ¡Claro que sí! -Gritó mientras se abalanzaba a mí.
- ¿A tu hermano le parecerá bien?
- Vicente no es la persona de la que te debes preocupar, yo le tendría miedo a mi padre.

No tuve las agallas suficientes para decírselo a su padre al día siguiente. Le prometí a Dalia que lo haría pronto, pero lo cierto es que no hizo falta. Estábamos en el cobertizo, como siempre. Dalia se había quedado dormida en mi regazo y yo leía un libro. Su hermano entró gritando que su padre la llamaba cuando nos vio a los dos juntos. Pude ver como la rabia invadía su mirada. El primer puñetazo me pilló de sorpresa, pero el segundo ya no. Vicente me gritaba como si la hubiese matado. “¡Tienes que casarte con ella!” -Resonaba por el establo. Una vecina lo oyó y comenzó a atar cabos, al parecer ya me había visto antes, pero no sabía que iba a visitar a Dalia.

Los rumores son terribles y crueles, no lo niego, pero la mayoría son ciertos. Este corrió tan rápido como el agua de un arroyo y para cuando el Sol se estaba poniendo ya se sabía en todas partes.

Un día después estaba frente la puerta de su casa reclamando su mano. Me temblaban las piernas y apenas me salía la voz. Su padre no tuvo más remedio que aceptar, el honor de su hija estaba en juego.

Nos casamos en la ermita del pueblo siendo todo este invitado. Mi madre hasta consiguió hacerse con una Leica para fotografiar la boda.



Pero la catástrofe llegó disfrazada de corderito. La Guerra Civil estalló provocando más muertes que victorias. La masacre se avecinaba y antes de ser obligado a combatir decidí irme de un país que ya no me pertenecía. Dalia y yo cruzamos el mediterráneo como las golondrinas cruzan el cielo en otoño, ambos sabíamos que venían tiempos oscuros. Viajamos en barco rumbo a un pueblo costero de Francia llamado Cannes.

Llegamos a tierra francesa sin saber el idioma. Sin ni siquiera tener lugar en el que caernos muertos y, sin mucho menos, trabajo. El invierno llegó a paso atronador despojándonos de nuestra esperanza sobrante, y en tiempos desesperanzados no queda lugar para el amor.

El frío nos heló los huesos y nos clavó puñales de hielo al corazón. A Dalia le dolieron más. La luz que irradiaba se convirtió en penumbra y aquellos ojos consoladores se convirtieron en mis desdichas cuando se apagaron por completo.

Aun así, saqué el poco valor que me quedaba, no se puede esperar mucho del que abandona su patria por miedo a un déspota, y miré, desoladamente, como la enterraban. En esa época todavía no tenía dinero y Dalia tuvo que ser enterrada en una fosa común rodeada de cadáveres sin rostro hasta que ella se convirtió en uno.

Siempre supe que aquella sonrisa atormentaría mis dudas. Que el aroma a vela se quedaría impregnado en mi ropa. Sabía que su ausencia sería castigo peor que la muerte y que perseguiría su sombra en la esquina de cualquier banco. Ella supo verme como algo más de lo que era. Dibujó flores sobre mis cicatrices sin saber que estas sangrarían a su partida y todavía no han parado. Solo sé que de joven lo sabía todo y ahora parezco no entender nada.

CATEGORÍA 2: (de 15 a 18 años)

Ganador:

Relato: *Platos rotos*

Autor: Pablo Román Benito (Colegio Compañía de María)

Accésit:

Relato: *Una simple mariposa*

Autora: Claudia Vitorero Puertas (I.E.S. Arca Real)

Finalista:

Relato: *Manos doradas*

Autor: David Linares Fernández (I.E.S. Arca Real)

*Platos rotos*

**Pablo Román Benito**

Había pasado ya algún tiempo desde que se vieron por última vez las caras. Generalmente, al tacto suave de la tez empapada por la lluvia, las discusiones toman un matiz más dramático. Pero la farsa que ella había mantenido todos aquellos meses impidió que el pudiese compadecerse más allá de por la tiritona que arrastraba desde la parada de bus, al otro lado del paseo marítimo.

La última farola del paseo iluminaba dos grises siluetas. Era de noche y era verano. Al trasluz se distinguían perfectamente las gotas de lluvia como proyectiles que impactaban sobre sus cabezas. Él hizo el amago de abrazarla, ella por dentro se ilusionó y por un instante recordó otros tiempos. Finalmente solo dejó caer su brazo alrededor del hombro de ella, que recuperó la conciencia al instante. Caminaron hasta un viejo bar al fondo de la avenida. Su luminoso rielaba, delatando la clase de clientes que entraban cada noche allí. La tormenta arreciaba. Solo rompía el silencio en la calle el taconeo de aquella, enmudecido por la lluvia. En el primero izquierda del número 36 de la Calle de la Playa se apagaron las luces. En el tercero derecha se bajaron las persianas. Una lámpara, no obstante, permanecía iluminando la estancia que daba al mar en el segundo C del 38 de aquella misma calle, justo encima del bar; la lámpara aclaraba la tinta del libro que asía entre sus manos un hombre en un orejero.

Ya dentro en el bar, ella tomó asiento en una mesa en la esquina, a la luz de la tragaperras. Dos viejos jugaban a los dados en la barra. El camarero cambiaba de canal en el televisor. Era tarde y ya se había acabado el fútbol. Aquel sitio olía a lo que olían los bares antes de 2011, antes de que olieran a sudor y mugre.

El chico acompañó a la muchacha en la mesa de la esquina. Prendía consigo el cenicero y dos Martini Absolut. Ella pensó en decirle algo pero se le olvidó y dio un trago largo a su copa. Él no tuvo reparo en hacer lo mismo. Sacó de su bolsillo un paquete de

picadura fina y se lió sin ofrecerle a ella. Rompía el silencio esta vez el televisor, el ruido de los dados, y la voz del camarero reprimiendo a aquellos dos borrachos al otro lado de la barra:

—Bueno señores, *acabouse a esmorga que teño que pechar*.

—Que sí, Martiño, que ya marchamos. Déjanos esta manga, que le tengo que levantar lo poco que le queda a éste—el otro lo miró con los ojos inmersos en tremenda violencia y recogió los 5 dados con la mano derecha. La otra agarró con fuerza la manga de su gabardina, en el perchero debajo de la barra, y la estrujó. Contó hasta tres en su cabeza y exhaló. Acto seguido cogió el cubilete con la misma mano e introdujo los dados.

—*Non é polos cartos*. —respondió torcido.

A él le empezó a sonar el teléfono. Sujetó con ambos labios el cigarrillo y buscó con las manos en los bolsillos de su chaqueta. Mientras cogía el móvil, le dirigió a ella una mirada que rápido desvió a su izquierda, en dirección a la barra, tratando de evitar aquel cruce de miradas nubladas. Dió una larga calada a su cigarro y contestó:

—¿Sí? —pasaron unos segundos. Él soltó una enorme bocanada de humo en dirección opuesta a su acompañante. Ella, que lo seguía mirando, se agarró a su bolso, posado sobre su falda calada, y apretó fuerte lo primero que encontró dentro. Pensó que era mejor idea coger la copa y dar de nuevo un trago. Sus uñas delicadamente esmaltadas de un vivo color negro contrastaban con el temblor de sus manos. Mantuvo la mirada fijamente durante toda la conversación. Él hizo todo lo posible por evitarla y lo logró:

—Llegaré mañana por la noche. —despegó de la boca el cigarrillo entre su índice y su corazón y se mordió el labio inferior. —Mamá, ¿seguro que has mirado bien en el sinfonier? Tienen que estar ahí. —arqueó las cejas mirando al techo. Seguía evitando el cruce de miradas. —Bueno mamá, tranquila, mañana te ayudo a buscarlos. No prometo nada, ya sabes, si no los encuentras tú, yo tampoco puedo ayudarte mucho más. Escucha, te tengo que colgar, es tarde. —no esperó ni siquiera a la réplica de su madre. Se llevó de nuevo al bolsillo el teléfono. Dio otra y otra calada antes de hundir la colilla en el cenicero. Era uno de esos que dan las marcas de cerveza junto con los posavasos en los bares.

Casi se llegó a hacer el silencio, aunque el ruido en aquellas dos cabezas era abrumador y inhibía cualquier frecuencia que no sintonizara con la de sus pensamientos, eriales y baldíos en el campo de sus afectos que malvivían tras el barbecho. Ella durante esos instantes sintió más temblores que en todas las semanas anteriores y se lanzó, con un torrente de voz firme pero dulce que solapaba su deseo de llorar:

—Bueno, y dime, ¿qué has estado haciendo estos meses?

—Ya sabes, anduve liado con el trabajo y poco más. —aquella noche, ella realmente esperaba que lo perdonara. —El otro día conocí a alguien. —esperó unos segundos, que a ella se le hicieron eternos. Lo seguía buscando con la mirada, él prefirió clavar sus pupilas inmóviles contra una fresa en la tragaperras. —Tranquila, no pasó nada.

—¿Qué tal tu madre?

—Bien.

Entonces ella no supo muy bien qué responder. Se quedó en blanco y ante la impasividad del otro, las preguntas sin respuesta, todos estos meses pasados y los temblores cada vez más acentuados, rompió a llorar.

Él la miró flemático, con la apatía propia de ese niño que apedreaba a los gatos las tardes de verano. Ningún pensamiento pasó por su cabeza. Eso sí, le dirigió la mirada que ella añoraba. Sin embargo, ella no pudo verla. Se sujetaba la cabeza con sus brazos doblados sobre la mesa. El pelo mojado se extendía como un nido de serpientes. Lloró, sollozó y se compadeció avergonzada de sí misma rendida allí mismo, a punto de izar una bandera blanca otra vez más.

Recordó aquella otra ocasión, cuando se vio sola entre las cuatro paredes de la cocina. El fluorescente redondo atornillado al plafón del techo titilaba. Cerró la toma de gas porque consideró que ya olía suficiente a butano y contempló impasible como la llama azul y catalítica del fogón se desvanecía. Extendió su brazo derecho para coger un plato y lo tiró con todas sus fuerzas contra el suelo. Vio cómo se rompía el primer plato en añicos a sus pies. Y luego otro. Y otro. Y otro.

Sus pies descalzos sentían cómo crujía la baldosa del suelo tras el impacto de cada plato, que allí, con sutileza, se quebraba hasta quedar irreconocible. El sonido casi

armónico de cada pieza de porcelana colisionando con el maltratado alicatado no podía escapar por la ventana, que estaba cerrada a cal y canto guardando aquel momento, su luz, su sonido y su olor solo para ella.

Al otro lado, sobre la barra mugrienta un full de ases y rojas a la caída. El perdedor arrebatado e iracundo agitaba su puño cerrado. El otro tapaba con sus manos su rostro empapado en sangre. Cristales rotos caían contra el suelo. El camarero, testigo mudo de todo aquello.

A ella lo que más le dolió fue que no tratara de consolarla, por eso lloró aún más fuerte.

Él se mordió el labio esta vez con mucha más fuerza, cerró su puño derecho, murmuró no sé qué y con violencia aporreó la mesa, que encajó el golpe bastante bien.

Se marchó del baile a medio terminar. Dejó su silla bien colocada antes de atajar por el medio del bar.

El camarero apagó el televisor y por primera vez hubo silencio.

## *Una simple mariposa*

**Claudia Vitorero**

Siempre había pensado que mi vida sería normal, monótona y posiblemente aburrida la mayor parte del tiempo. Me había imaginado casada, viviendo en una casa de un barrio residencial cualquiera, con hijos, tal vez dos o tres, y un perro, a lo mejor. Este tipo de vidas que se describen como perfectas y que son a lo que se supone que cualquier mujer debería aspirar. Desde que era pequeña hasta mis pasados 21 años me había creído que de verdad mi vida iba a ser así, pero el día que cumplía 22 años descubrí que había más, que la vida no tenía porqué ser de simples tonos grises, negros y blancos, sino que había colores brillantes y vivos por todas partes. Ya han pasado siete años desde aquel día y, aunque parece mucho tiempo, para mí ha sido como un simple pestañeo.

Decidí escribir todos los recuerdos que tengo de estos últimos siete años porque cada vez están mas borrosos y temo el día en el que desaparezcan. Así que debería comenzar por el día de mi vigésimo segundo cumpleaños.

Eran las ocho de la mañana y mi despertador sonó como de costumbre, abrí los ojos y observé aquel techo. Era un techo normal, blanco, con dos lámparas grises colgadas de él. Tenía alguna pequeña grieta y un color un poco amarillento en algunas zonas por el paso del tiempo. Me incorporé y bajé a desayunar como cualquier día. Cuando llegué a la cocina encontré una nota sobre la encimera. Me acerqué y leí sobre el papel blanco: “Tu padre y yo hemos salido a hacer las últimas compras para tu súper fiesta de cumple, acuérdate de recoger a tu hermano y a la abuela a las 16:15. Ellos te indicarán el camino hacia el sitio sorpresa de tu fiesta. ¡¡Feliz cumpleaños Nadia!! “. Al final había una especie de borrón de tinta, la firma de mamá. Volví a leer la nota y me quedé mirando las palabras “súper fiesta de cumple”. Me había olvidado por completo de que era mi cumpleaños. Mi idea de aquel día era tener un día tranquilo como todos los días de vacaciones de verano que ya había malgastado, pero saber que era mi cumpleaños me recordó que ya era 1 de septiembre, y que me quedaban apenas unos pocos días para volver a la universidad. Intenté auto convencerme de que iba a ser un gran día y puse un poco de música mientras desayunaba para animarme. Terminé mi bol de cereales y lo metí en el lavavajillas. Subí a mi cuarto y miré la hora. Eran las 12:30. Después decidí mirar los mensajes, tenía bastantes felicitaciones de mi familia y amigos pero me sorprendió una en concreto, era de un compañero de clase. Nunca había entablado

ningún tipo de relación con él, solo nos tocó juntos una vez en el mismo grupo para un trabajo de literatura. Me pareció un buen gesto el felicitarme a pesar de que yo fui algo borde con él durante el trabajo así que decidí que debía contestarle a modo de compensación. Me pasé un rato pensando cómo debía responder y al final me decanté por un “gracias” y una cara con corazones en los ojos al lado. Después de ese intento patético de ser mínimamente amable, estuve mirando mis diferentes redes sociales, las noticias de los últimos días y algún que otro cotilleo de los famosos. Cuando me quise dar cuenta y miré el reloj, eran las 13:45. Pensé que debía comer algo pero no tenía hambre así que me dispuse a ducharme. Preparé todo lo que necesitaba y puse música porque el silencio no era mi sonido favorito. La ducha me despejó un poco. Me dirigí al armario y tras un buen rato pensando qué ponerme, me decidí por un vestido corto de volantes azul y blanco que mi madre me había comprado hacía unas semanas y que todavía no había estrenado. Me maquillé un poco y me hice un recogido algo desastroso. Bajé y me puse mis *Converse* blancas porque no me veía aguantando aquel día con unos tacones. Abrí la puerta de casa y fui hacia el coche de mi madre, era algo viejo pero me transmitía paz, seguramente por todos los recuerdos que tenía allí, como mi primer beso. Arranqué y me dirigí hacia la casa de mi abuela que no estaba muy lejos, como mucho diez minutos de trayecto si no había tráfico. Cuando estaba a dos calles de su casa, un haz de luz me cegó por completo y, cuando abrí los ojos no vi la calle en la que me encontraba hacía unos segundos, sino un techo de madera cubierto de enredaderas con algunas pequeñas flores creciendo de él. Eran unas flores completamente diferentes a las que yo había visto hasta entonces, tenían colores muy vivos y, aunque eran pequeñas, desprendían una brillante y cálida luz. Nunca había visto nada así. Me incorporé y pude ver que estaba tumbada en una especie de cama compuesta por hojas enormes de plantas, y me quedé impactada por lo suave que era al tacto. Miré a mi alrededor y aquella habitación era totalmente extraña para mí. Me levanté y fui hacia la puerta, me dispuse a abrirla y con miedo giré lentamente el pomo. Cuando la puerta se fue abriendo poco a poco, una luz cálida comenzó a entrar por el hueco de la puerta lentamente a medida que ésta se abría. Cuando estuvo totalmente abierta, miré al frente y pude observar el paisaje más increíble que jamás había visto. Una selva entera vista desde arriba y unas grandes montañas a lo lejos se llevaron toda mi atención al principio, pero, a medida que observaba cada copa de árbol, me di cuenta de que si lo que yo veía debajo de mí eran las partes más altas de los árboles, eso quería decir que estaba aún más alta. Miré justo debajo de mí, y vi una plataforma de madera



conectada por puentes hechos también de madera y cuerdas o lianas (no estaba segura) a otras plataformas, con chozas de diferentes tamaños. Estas estructuras estaban construidas alrededor de árboles realmente enormes, enormes tanto en altura como en anchura. No podía ni moverme de lo asustada y asombrada que estaba. Mientras observaba esa ciudad colgante que se encontraba ante mí, me di cuenta de que los colores del cielo eran rosados y que se podían ver diferentes figuras en él. Por un momento pensé que esas figuras eran planetas pero la idea me pareció demasiado descabellada. Seguí observando aquel cielo tan embriagador y a medida que me daba la vuelta para ver por completo aquel paisaje estelar pude contemplar algo que me provocó un ligero escalofrío e hizo que mis rodillas fallasen y me tuviese que sentar en aquella plataforma. Ante mí se encontraban lo que parecían dos grandes soles, uno más pequeño que el otro. Mientras intentaba recomponerme de lo que estaba viendo, sentí que había algo a mi lado. Cuando giré la cabeza, una figura que me miraba con ojos expectantes como platos se encontraba a menos de un metro de mí. Intenté huir, pero las piernas no me respondían, estaba totalmente paralizada por el miedo. El ser que tenía al lado se acercó aun más y con una voz dulce y relajada dijo: “Tranquila, no voy a hacerte ningún daño. Me llamo Darsel.” Intenté articular alguna palabra, pero me fue imposible. Observé detenidamente a Darsel, por su voz imaginé que se trataba de alguien femenino. Era bastante alta y bastante similar a un ser humano pero su color de piel era un azul oscuro brillante y tenía en las extremidades pequeñas motas de azules más claros. No tenía pelo, sus ojos eran grandes y amarillos, no tenía nariz sino dos pequeños orificios, sus labios eran de un color rojizo y sus orejas, algo puntiagudas. Sus manos y sus pies eran algo más grandes que en un ser humano, solo tenía cuatro dedos en las manos y sus pies no tenían dedos sino que se dividían al final en dos partes, como dos grandes dedos. Después de un largo silencio pude decirle que mi nombre era Nadia. Darsel me contó que me había encontrado inconsciente en una llanura de la selva mientras estaba recolectando frutos y que luego me llevó allí para que estuviese a salvo. Aunque tenía muchas preguntas, Darsel contestó a todas después de darme algo de beber. Me dio una especie de taza hecha de barro con un líquido de un tono verde pastel que sabía muy dulce. Mientras me tomaba aquel delicioso brebaje me contó que me encontraba en un planeta llamado Miirun y que en este planeta vivían los Gardax y los Torax, quienes eran dos tribus rivales que hacía un siglo convivían en armonía, pero por culpa de una disputa entre los miembros de la familia real se separaron en dos y dividieron el planeta también en dos. Ambas tribus tenían prohibido entrar al territorio

de la otra, hacerlo conllevaría una guerra que nadie quería. Darsel pertenecía a los Gardax y, para mi suerte, era la hija del actual jefe de la tribu. Después de explicarle al jefe mi situación me dejaron quedarme con ellos. Todavía tenía muchas preguntas sin resolver, ¿cómo había llegado allí? ¿Por qué los Gardax hablaban mi idioma? ¿Me encontraba siquiera cerca de la Tierra? Aunque le hice todas estas preguntas a Darsel, fue incapaz de responderlas. Me fui acostumbrado poco a poco a la vida allí. No sé cómo pero ese lugar, después de unas semanas, sentía que era más mi hogar de lo que la Tierra había sido nunca. Me fueron enseñando cómo cazar, pescar y qué frutos se podían comer. Cada día era mágico y diferente, pero siempre recordaré la primera vez que me bañé en aquel mar verde y amarillo, fue sin duda lo que me devolvió la vida. De repente ya había pasado allí dos años y amaba cada lugar de aquel planeta, pero un día me desperté por unos fuertes ruidos. Cuando salí fuera pude ver toda la aldea en llamas, había muchos gritos y entre todo aquello pude ver a Darsel tumbada en el suelo con una herida en la cabeza. Corrí a su lado y con lágrimas en los ojos le pregunté qué estaba pasando. Su respuesta fue corta pero precisa, con una palabra supe a lo que se refería. Darsel me había dicho como respuesta: “Torax”, después se dispuso a decirme algo de lo que solo pude escuchar “cui” porque tras esa sílaba noté un fuerte golpe en la nuca y me desmayé.

Abrí los ojos y vi otro techo pero no era ni el de mi habitación en la Tierra ni el de mi choza en Miirun sino un techo blanco que se dividía en cuadrados. Me incorporé y vi que estaba en una habitación de hospital en la Tierra. Fui a ponerme de pie pero un dolor muy fuerte de cabeza comenzó. De repente una enfermera con mi madre tras ella aparecieron por la puerta. Ambas se me quedaron mirando atónitas, tal y como Darsel me miró la primera vez que nos vimos. Mi madre corrió hacia mí y, mientras me abrazaba, lloraba desconsoladamente. Intenté tranquilizarla y le pregunté cómo había llegado allí, aunque no mencioné nada de Miirun porque sabía que no iba a entender nada. Mi madre entonces me dijo que hacía dos años, cuando estaba de camino a casa de mi abuela para después ir a mi súper fiesta de cumple, sufrí un accidente: un conductor borracho se saltó un semáforo y chocó conmigo. El conductor murió en el accidente, pero yo entré en coma.

No entendía absolutamente nada, ¿eso quería decir que mis dos años en Miirun fueron un sueño mientras estaba en coma? No podía creer que los dos mejores años de mi vida fueran mentira, que fueran solo eso, un sueño. No podía creer que el único lugar que de verdad había sentido como hogar y que todos los gardaxianos que había conocido

fueran un simple fruto de mi imaginación. Miré hacia todos los lados buscando de alguna forma poder encontrar algo que me dijese que Miirun había sido real. Deseaba con todo mi corazón despertarme en aquel hermoso planeta y volver a contemplar aquellos hermosos soles. Pero eso no sucedió. Miré hacia la ventana y vi algo que me hizo llorar. Pude ver por un segundo cómo una mariposa idéntica a las que cazaba en Miirun volaba en frente de aquella ventana de hospital. Después de eso, fui recuperando mi vida en la Tierra poco a poco y con algo más de alegría, porque sabía en el fondo de mi ser que Miirun existía y aunque no existiera, pensar que mi mente podía haber creado algo tan hermoso me hacía sentir plena. Aún así juraría ver de vez en cuando a aquella hermosa mariposa.

*Manos doradas en el mundo-mitad.*

**David Linares**

Sábado, 11 de febrero de 2136

Estimado Jack P. Welsch, alias “Manos Doradas”,

Probablemente usted nunca llegue a leer esta carta, pero aunque no sea el destinatario deseado, necesito que alguien conozca nuestra historia.

Para empezar, debería contarle cómo funciona el mundo para ponerle en contexto. A mediados del siglo XXI, ocurrió un fenómeno que nadie supo controlar: la tierra se superpobló. Desafortunadamente, no existió ningún Jesucristo capaz de multiplicar los panes y los peces y los recursos empezaron a escasear. Fue a finales de siglo cuando una corporación anónima dio con la solución. Algo tan simple como forzar a los humanos a compartir los bienes. ¿Y cómo iban a obligarles a ser generosos y tener un comportamiento éticamente correcto? El ser humano es caprichoso. Además, en aquellos días en los que el mundo se retorció en un constante caos, la gente no realizaba acciones bondadosas, y si lo hacían, era delante de una cámara para ganar fama en Internet. La respuesta fue hibernar a la mitad de la población durante un mes, y a la otra mitad en el mes siguiente.

La corporación decidió comenzar mostrando su idea a Corea del Norte, que seguía manteniendo un régimen radical. Los burócratas de la nación estuvieron eufóricos durante la presentación; no solo seguirían siendo los mandamases, sino que también tendrían una mayor capacidad para manipular a su gente, o por lo menos así les habían vendido el producto.

Confiados en su proyecto, la corporación se dispuso a ampliar horizontes, conscientes de que si querían la aceptación del resto de gobiernos, deberían medir milimétricamente sus mensajes. Y así lo hicieron. En Asia vendieron control, disciplina y prosperidad, en Europa y América el cuidado del medioambiente y conservación de recursos para las futuras generaciones, y al resto alguna otra patraña parecida. Contra todo pronóstico, todos sus proyectos obtuvieron luz verde. Las negociaciones habían sido exitosas, pero, ¿cómo lograrían cumplir con lo prometido?

Permítame remontarme al momento en el que la corporación comenzó a fraguar sus ideas. Lo primero que tuvieron que hacer fue saber cómo parar a la mitad de la población y luego a la otra. En seguida dedujeron que la mejor opción sería hibernarlos, sin llegar a alterar sus propios entornos, ya que, si construían alguna infraestructura donde meter a los dormidos o realizaban alguna acción pública que diese a conocer el proyecto, estarían expuestos a que alguien se cuestionase la praxis y estallase una revolución. Una vez decidido que actuarían en el mundo de los sueños, centraron sus investigaciones en el comportamiento del cerebro humano, logrando el estudio más puntero hasta la fecha. Era como si los propios cerebros les estuviesen hablando. Gracias a aquellos estudios, descubrieron la región del cerebro dominante a la hora de gestionar sueños: el hipotálamo. Dicha región controla los periodos de sueño y vigilia, por lo que el éxito del experimento pasaba por controlar esta estructura. La respuesta vino en forma de un nanorrobot que no solo estimularía al hipotálamo, sino que también suministraría la energía química necesaria para sustituir la obtención de nutrientes vitales para el ser humano. Una vez finalizada la fase de diseño, el último paso era buscar la manera en la que iban a introducir el robot en los cuerpos humanos.

Aprovechando que existía una extraña mutación de gripe aviar que atacaba a los humanos, la corporación sugirió a los gobiernos utilizar aquella amenaza para sus objetivos. Y así lo hicieron. Declararon la enfermedad como letal y ofrecieron una milagrosa vacuna para contrarrestar la peste. Mucha gente que había vivido en tiempos de la pandemia del COVID-19 no quiso arriesgarse a repetir la situación y se la pusieron sin cuestionárselo, pero las nuevas generaciones no fueron tan dóciles. Las protestas se controlaron difundiendo imágenes explícitas de víctimas de la gripe aviar que habían sucumbido a la enfermedad. Esto convenció a una gran cantidad de gente, pero las manifestaciones no cesaron. Entonces, los políticos forzaron a todos sus ciudadanos a vacunarse, o si no serían sancionados. Finalmente, todo el mundo se vacunó. Incluso los recién nacidos.

Si no se ha dado cuenta, Jack, los políticos fueron títeres de la corporación, forzándoles a manipular imágenes, e incluso a sacrificar a personas para generar miedo y desinformación. Y obviamente, en la vacuna se encontraba el nanorrobot, listo para llegar al hipotálamo y anclarse a este. El plan funcionó: la mitad de la población (llamémosla población  $\alpha$ ) vivía una vida relativamente normal y al cabo de un mes, el robot les hacía caer en un profundo sueño y despertaba a la otra mitad de la población

(llamémosla población  $\beta$ ) para reanudar las tareas de la población  $\alpha$  sin cuestionarse nada. Con el paso del tiempo, los recursos dejaron de escasear, lo que llevó a que el sistema fuese modificándose. Se reveló la información a altos cargos de la policía, medicina y política para que pudiesen vivir a tiempo completo y ejercer mejor su empleo. No obstante, se les amenazó con sancionarles gravemente si desvelaban el secreto.

Habiéndole puesto al corriente de la situación, ahora solo queda presentarme y explicarle la razón de esta carta. Nací en el seno de una familia acomodada en el año 2110, siendo mis padres médicos. Desde pequeño, fui una persona curiosa, y disfrutaba haciéndome preguntas sobre el mundo que me rodeaba, en vez de ir persiguiendo un balón. Quería saber todo lo que me rodeaba, por lo que decidí cursar la carrera de filosofía. Pero había algo que no me cuadraba. Solo estudiábamos la filosofía que los antiguos griegos o los ilustrados enunciaron en algún momento. Y eso era interesante y daba a entender parte de la realidad que enfrentamos hoy en día, pero yo quería saber cómo funcionaba el mundo y la sociedad actual, la del siglo XXII. Lo único que hicimos relacionado con el mundo contemporáneo fue hacer un trabajo sobre la película “Matrix”, y aun así, solo se resaltaba la inclusión de “El Mito de la Caverna”. Pero verla me hizo pensar que vivimos en un mundo controlado, siendo las marionetas de alguien superior. No es nada nuevo, ya que no deja de ser el experimento de la cubeta de Descartes, pero, ¿acaso habría pruebas de que me encontraba en un “Matrix”? ¿Acaso me enfrentaba a las conjeturas de mi yo del pasado?

Intenté peinar el mundo en busca de evidencia empírica, pero un recién graduado no puede hacer mucho en términos económicos, por lo que empecé por mi ciudad. No puedo decir que mi búsqueda fuera exitosa. Me pasé años buscando las puertas para salir de ese “Matrix”, perdiendo contacto social y en parte, la cordura. Entonces llegó una noche de invierno del año 2132.

Salía del bar donde solía tomarme una cerveza artesanal más tarde de lo habitual. Decidí atajar por unos callejones de mala muerte, cuando me encontré con un cuerpo tirado en el suelo. Me pidió ayuda diciendo que estaba moribundo, aunque su olor me confirmó que solamente estaba borracho. Me dijo que, al ser sus últimas palabras, se confesaría. Y me lo contó todo. La situación del mundo-mitad, del nanorrobot del hipotálamo, de la corporación, etcétera. Pensaba que estaba delirando, pero me percaté de que en su traje había una cruz roja, es decir, este señor era un médico. Exclamé. ¿Podría ser esta la

verdad? ¿El Matrix que tanto ansiaba? Estaba a punto de preguntarle más, cuando un estridente ruido y unos destellos rojos y azules cubrieron la escena. Pude salir corriendo, con la información que necesitaba.

Tenía que saberlo todo para escapar del mundo-mitad. Pensé en hablar con mis padres, ya que conocerían la situación. Pero si mis padres no me habían hablado del tema hasta este instante, estaba claro que no lo harían ahora. Necesitaba la ayuda de alguien que estuviese dispuesto a quebrantar la ley. Por casualidad, unos de los parroquianos del bar al que solía ir, un entusiasta de las cervezas, resultó ser uno de los altos cargos del hospital local. Seguro que sabría algo. Después de hablar con él algunas noches, le invité a beber a mi casa. A traición, le metí un somnífero en la bebida y le dejé dormir. A la mañana siguiente, le desperté con un jarro de agua fría y le mentí, diciéndole que mientras estaba borracho me lo había contado todo. Le amenacé con chivarme al gobierno a menos que me hiciese un favor especial. Probablemente se juntó el miedo con la resaca, ya que cedió titubeando. Me consiguió una cita para operarme, y gracias a su prestigiosa habilidad, me extrajo el nanorrobot del cerebro y me abrió las puertas a lo que era la vida real. Meses después de la operación, leí en un periódico que el doctor cervecero se voló la tapa de los sesos al sucumbir ante el peso de que sus superiores descubriesen su traición.

Era libre, pero no estaba satisfecho. Quería castigar al sistema, que no solo me había ocultado información, sino que también, me había impedido vivir apropiadamente. Decidí ser un rebelde, pero uno sensato y calculador. Decidí que la manera de hacer que se escuchase mi voz era realizar simples acciones como cambiar de lugar las cosas de los dormidos para que se diesen cuenta de la falla en el sistema. Durante un año, estuve observando el comportamiento del mundo que me rodeaba y aprendí habilidades como abrir cerraduras o usar ciertas armas. Empecé mi obra y se me dio bastante bien. No existían defensas por parte de los robados, ya que dormían plácidamente. Pronto los noticieros de ambas mitades de la población estaban hablando de los escándalos causados por un “Manos Doradas”, pensando que lo que veían eran robos, y las noticias no tardaron en correr como la pólvora. Estuve un par de años cometiendo fechorías. Hasta la semana pasada, en una noche de invierno de 2136. Me disponía a entrar a un apartamento, como era de costumbre, pero al entrar a la casa de alguien supuestamente dormido, me recibió un señor trajeado apuntándome con un revólver. La frase que dijo antes de dispararme fue “Sabes demasiado”. La herida causó mi desmayo.

Me desperté en un despacho. Detrás de mí, una voz acompañada de un señor barbicano me dio la bienvenida y me ofreció una taza de café. Mostró respeto hacia mi persona por mi conocimiento y mi rebeldía. Dijo que le gustaría hablar más conmigo y deseaba que hubiese más personas como yo en cada uno de los mundo-mitad, pero las reglas de la corporación decían claramente que aquellos que sabían la verdad debían de ser apartados de la sociedad. Entonces me di cuenta que ese sujeto era un alto cargo de la enigmática corporación. Me dijo que, me iban a congelar por un periodo de tiempo indefinido, pero que antes me dejaría hacerle una pregunta y también me concedería un deseo. La pregunta no me costó enunciarla: ¿por qué se habían molestado en crear este proyecto? El señor sonrió y dijo de manera sarcástica “Somos una empresa. Tenemos que sacar dinero de alguna manera.” En cuanto al deseo, pedí que me dejaran durante un tiempo a solas para meditar. El hombre asintió con la cabeza y en el acto, se marchó del despacho.

Y esto le escribo con unas hojas y un bolígrafo que encontré en el despacho. Tengo muchas dudas. No sé qué me van a hacer en el futuro y tampoco sé dónde esconderé esta carta, pero como dije al inicio de esta, querría que ambas historias, la del mundo y la nuestra le llegase a usted o a alguien más.

Atentamente

Jack P. Welsch, alias “Manos Doradas”

P.D.: Querría haberle contado más y de manera más estructurada, pero en el despacho solo encontré unas míseras cinco hojas para expresarme.